

TOLEDO ENTRE EL PASADO Y EL FUTURO *

La actividad de una ciudad, su expansión, su dinámica económica, cultural y social, su fenómeno vital en suma, está tan implicado a todo cuanto la rodea, que no puede estudiarse un período de su historia, separado, aislado, del resto del cuerpo histórico del que procede.

Por el contrario, es necesario trazar un amplio campo panorámico para comprender verdaderamente el fenómeno en toda su extensión y complejidad.

Hay que situar al individuo y a la sociedad en el tiempo a que pertenecen, para que el análisis pueda ser riguroso, exacto y profundo.

Para estudiar el momento actual de Toledo, para penetrar un poco en su futuro, saber hacia donde vamos y las directrices que hemos de imprimir a nuestro comportamiento social, es preciso mirar no sólo a lo que ocurre entre nosotros, sino a lo que está ocurriendo en el mundo.

Es necesario analizar el gran cambio que está experimentando la Humanidad cuyas consecuencias, de momento, apenas si se pueden calcular.

La estructura social que hemos recibido, se ha quedado rígida y estrecha, incapaz de cubrir la nueva dimensión de la Humanidad y por tanto, estamos cambiando el caparazón de conceptos, de modos y de estructuras de organización para permitir que nazca otro adaptado a la nueva dimensión de la mente del hombre actual.

La Biología nos enseña que estos cambios de forma se producen por el fenómeno de las mutaciones.

Durante años se mantienen las estructuras orgánicas de un modo casi inmutable y, de pronto, auténticamente de golpe, se esta-

* Discurso de ingreso en la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo.

blece una alteración profundísima, una mutación, y aparece un nuevo ser claramente diferenciado del que procede.

La Historia nos enseña que los grandes cambios sociales, se han producido por un fenómeno similar.

En un corto espacio de tiempo, las estructuras sociales sufren una fuerte convulsión, se adaptan más estrechamente a la realidad viva de la que habían quedado desfasados y sigue otro largo período de consolidación y equilibrio.

El estudio de estas mutaciones resulta especialmente importante porque cuando los conceptos de organización humana se quedan excesivamente anticuados dentro del marco histórico en que se desarrollan, el cambio es tan violento, tiene que ser tan necesariamente grande, que ponen en peligro la existencia misma de la sociedad.

A esta macromutación se le conoce con el nombre de revolución.

Pero, a diferencia de la Biosfera, en el campo social, es posible, mediante un proceso analítico, contrastado por la experiencia histórica, conocer con antelación suficiente las estructuras defectuosas e irias adaptando al período histórico que se analiza.

Este, marca un nivel de circunstancias que lo definen y que son determinantes características del mismo.

Su altura moral, científica, social, económica y mil conceptos más, íntimamente entrelazados, forman un tejido que es la constante o nivel histórico de un momento.

Ese tejido es la realidad. Forma el medio en el cual vive el hombre y al cual tiene que adaptar su organización y disciplina de vida, su estructura social. En caso contrario la experiencia demuestra que la inadaptabilidad histórica conduce irremediablemente a la extinción.

Cuando un grupo humano va adaptando de un modo continuo su orden de vida al tejido histórico de su tiempo, sus cambios son elementales, aunque se sigan produciendo en forma de pequeñas mutaciones, perfectamente asimilables y que jamás pondrán en peligro su capacidad de subsistir.

A este mecanismo, históricamente, se le conoce con el nombre de evolución.

Durante muchos años, la estructura social y mental de Toledo ha estado frenada por diversas circunstancias. Durante muchos años

hemos estado viviendo un período histórico que no es el nuestro, mirando hacia el pasado y de espaldas al futuro. Toledo es una ciudad que no ha tenido evolución.

Como consecuencia de ésto las estructuras dinámicas de nuestra sociedad han perdido gran parte de su potencialidad relativa.

La emigración de capitales hacia otras ciudades ha sido la constante de nuestra economía.

El clima vital de Toledo ha sido un caldo de cultivo poco apropiado para el desarrollo de ese ente tan fundamental como es el empresario industrial, provocando la huida no solamente de capitales, sino de la mano de obra activa.

El planteamiento equivocado de enfrentar los valores históricos y artísticos de la ciudad con la posibilidad de su desarrollo industrial hasta el punto de estimarlos como incompatibles, además de ir contra la misma Historia, ya que Toledo, en su época de mayor esplendor fue una de las ciudades más industrializadas de España, anulaba la base en que debían apoyarse todos los esfuerzos de crecimiento y expansión.

Cuando llegamos a los momentos actuales, nos encontramos con una ciudad, si no claramente recesiva, si equilibrada demográficamente.

El crecimiento vegetativo de la población tiene forzosamente que emigrar, y hoy, en que se atisba lo que podría ser un nuevo Renacimiento de Toledo, nos encontramos con un déficit muy importante de hombres, de dinero y de audacia.

De hombres, porque al no encontrar base de trabajo en la ciudad, fue imperativo necesario de los toledanos emigrar en busca de horizontes más claros de subsistencia.

De dinero, porque hay una fuerte evasión de capitales, especialmente hacia Madrid, tanto de inversión como de comercio, hasta el punto de poder asegurar que más del cincuenta por ciento del ahorro de la ciudad se gasta fuera de ella.

Y de audacia, porque acostumbrados a soñar con el maná estatal, esperamos que el desarrollo venga de fuera, olvidándonos de nuestro valor y nuestro esfuerzo, ignorando que una ciudad es lo que quieren sus habitantes que sea.

Y por extraña paradoja, Toledo, por la nueva circunstancia histórica de hoy, potencialmente considerada, es una de las ciudades de España con más posibilidades de desarrollo.

En el momento presente, nuestra ciudad, está viviendo un período crucial de su historia. Quizás el más importante y definitivo, aunque no se evidencia a una mirada superficial.

Su estructura se encuentra tan desfasada con la realidad de nuestro tiempo, que su mutación, su cambio, su adaptación a las necesidades de hoy, ha de ser excepcionalmente violenta. En la dinámica actual nos hemos quedado tan atrás que ya no es posible la evolución. O los toledanos y con nosotros Toledo nos convertimos en una reliquia histórica, en piezas de un museo gigante, llenas de polvo y aburrimento, brillando únicamente cuando un ujier, plumero en mano, decida darnos un poco de lustre, o consecuentes con nuestra tradición y nuestra historia, iniciemos una auténtica revolución de ideas y de hechos.

Este es nuestro momento actual. Esta es nuestra responsabilidad con la historia.

Lo primero supone nuestra comodidad y nuestra muerte segura como ciudad.

Lo segundo supone nuestro esfuerzo y nuestra vida.

Si decidimos elegir lo primero, aparentemente no ocurrirá nada.

La vida de Toledo no sufrirá ningún cambio sensible.

Se seguirán vendiendo damasquinos y espadas.

Cuando paseemos por las calles, veremos los turistas, cada vez más abundantes y creemos estar pisando una ciudad.

Pero cuando levantemos los ojos al cielo quizá podamos ver la gran bóveda legislativa, cada vez más fuerte y pesada, levantada por encima de nuestras cabezas. Mientras sea débil quizás pueda tener un agujero de escape, quizás unos criterios sensatos puedan abrir un hueco por donde pueda pasar un poco de aire puro de ilusión y de vida con el que respirar. Quizás sea posible salir y levantar otra ciudad donde nuestros edificios, al elevarse dos palmos del suelo, no choquen inevitablemente, con nuestro manto protector.

Pero si dejamos que la rigidez legal de su estructura vaya adquiriendo la dureza de la tradición, el museo estará consumado y nosotros, los que hemos visto crecer, ladrillo a ladrillo esta cubierta, habremos escrito la palabra FIN en el libro de la Historia de Toledo.

Que nadie sueñe que después se podrán aportar al acervo histórico o artístico de la ciudad nuevas catedrales, o nuevas epopeyas como la del Alcázar.

En un museo se guardan cuadros o libros pero en ellos, ni se crea el Arte, ni se forja la Historia.

En cambio, si elegimos lo segundo corremos el gran riesgo de nuestra responsabilidad histórica. Nuestros hijos podrán vivir con nosotros porque no tendrán necesidad de emigrar, pero nuestra vida no será desde luego cómoda.

Tendremos que poner en marcha una revolución conceptual completa, pero el asiento de ella tendrá que ser el legado histórico que hemos recibido.

Tomaremos sobre nosotros, en la medida que nos lo permita nuestro conocimiento y nuestros medios, la responsabilidad del cambio de nuestra estructura mental y de las consecuencias que de ello se deriven.

Pondremos nuestro jalón en la Historia, pero a cambio de nuestro esfuerzo y de nuestra lucha.

Y, en lugar de escribir FIN, daremos la antorcha de la ilusión y de la vida a los que nos sigan.

Este es el momento actual de Toledo.

Situados hoy entre nuestro glorioso pasado y nuestro oscuro futuro, tenemos que tomar una decisión trascendente. Y tenemos que tomarla nosotros, porque nuestros hijos no tendrán esa oportunidad.

Aún podemos transformarnos, adaptarnos y seguir viviendo; dentro de diez o quince años, ya no será posible.

Nuestra responsabilidad de hoy es decidir, todavía, nuestro destino. Mañana ya estará decidido.

Para comprender debidamente el problema ante el que nos encontramos, conviene que tengamos una panorámica amplia de hacia donde se dirige el mundo. Sobre demografía, todos los informes emitidos por entidades responsables, son bastante coincidentes. Se le llama la pesadilla de los números. Cada cuarenta años se duplicará la población mundial. Dentro de cien años, por tanto, el mundo tendrá, como mínimo, una población de dieciséis mil millones de habitantes, cinco veces más que hoy. En estos cien años futuros nacerán trece mil millones de hombres.

En estos cien próximos años la Humanidad tendrá que hacer un esfuerzo, como mínimo, cinco veces superior al que ha hecho desde su creación.

Este simple planteamiento ya da una dimensión clara del problema.

En el corto espacio de tiempo de un siglo, tenemos que quintuplicar todo lo que existe, más las atenciones de reposición de lo actual. Podemos decir genéricamente, con criterio de orden de dimensión, que tenemos que construir y adecuar a la vida social seis veces más espacio urbano del que existe hoy.

Esta necesidad apremiante que se nos viene encima, condiciona toda una época. La nuestra y la que nos siga, deberá ir precedida forzosamente por el signo del planeamiento, para evitar el caos de este aumento demográfico.

Estamos actuando en una época donde la realidad parece un sueño, donde la Ciencia llega a concepciones a las que no se atreve la Fantasía.

Es un período de mutación humana gigantesca donde hemos de asimilar las consecuencias de nuestra propia altura.

Tenemos que abrir el entendimiento a las consecuencias de nuestro número y necesidades de organización, a nuestra necesidad de subsistir.

Esta nueva planificación total de la existencia humana va a repercutir con fuerza enorme sobre los esquemas morales, sociales, políticos y estéticos del futuro.

A nuevas necesidades hay que responder con nuevas estructuras y muy especialmente, por lo que a nosotros interesa en este momento, nuevas ideas en el campo de la Historia y de la Estética.

La planificación supone lo contrario que el riesgo. La planificación no puede hacerse por intuición. El planeamiento es una profecía científica.

En esta época maravillosa que nos ha tocado vivir, de una potencia y dimensión como no ha conocido otra la Historia, en esta época donde tantas cosas nuevas han aflorado a la luz, ha nacido también una nueva ciencia, la Informática. La Informática es la ciencia de la información. Es la necesidad previa al planeamiento; es la base sobre la que se apoya el conocimiento del futuro, el soporte de la profecía científica.

El hombre consciente, siempre ha necesitado información previa, para tomar una decisión responsable. Y la información es el conocimiento de hechos ocurridos. Es, en definitiva, Historia.

Pero la Historia, el conocimiento de lo ocurrido en tiempos anteriores al momento en que vivimos y, sobre todo, el conocimiento sistemático de hechos orientados hacia un fin, no ha tenido hasta los tiempos actuales, valor comercial. Era un signo de cultura, de elevación mental, apto solo para una minoría.

La labor de investigación histórica se convertía así en una heroicidad del investigador, que tenía que alimentarse de su propio concepto de altura científica, ya que no podía hacerlo con los beneficios económicos que le producía su trabajo.

La causa de esta inhibición de la sociedad tanto podía ser por el producto ofrecido como por la masa que tenía que recibirlo. Tanto podía ser debido al desnivel por exceso de altura del trabajo de investigación, como por defecto de formación del público receptor.

Pero, en cualquier circunstancia, el número se ha desentendido de la investigación.

Los trabajos ejecutados bajo este criterio se recogen en bibliotecas minoritarias, casi siempre estatales y se clasifican con unos criterios elementales, ya que su demanda, su tiempo útil de información podría ser notablemente largo. Pero el desarrollo industrial iba a suponer un cambio completo en el planteamiento del dato histórico.

El lanzamiento masivo de un producto necesita gastos cuantiosos.

Programar industrialmente un prototipo de automóvil o de frigorífico, es de una complejidad aterradora. La ecuación fabricación-venta y la inversión que supone, exige el conocimiento previo del grado de aceptación del mercado.

La fabricación masiva abarata el precio y por tanto aumenta sus posibilidades de venta, pero la preparación industrial para la fabricación masiva es tan costosa que un error importante de cálculo en las ventas previstas, arruinaría a la empresa que lo fabricase.

La eliminación de este riesgo ha llevado al estudio sistemático de la información previa, hasta elevarlo a la categoría de Ciencia, que permita establecer una profecía científica, el conocimiento del futuro dentro de unos límites aceptables de tolerancia. En realidad, la Informática es una rama de especialización comercial de la Historia.

Pero su importancia ha sido tal, el cauce abierto por su estudio tan ancho y profundo, que va a alterar todo el planteamiento tradicional de la Ciencia Histórica en general.

Entonces, la labor del investigador será brillante y bien remunerada por aislada y rara que esté su especialidad. Es conveniente tener el conocimiento libre de prejuicios para que no perturben la comprensión de lo que estamos tocando con la mano.

El descubrimiento y comercialización de los ordenadores electrónicos es una revolución cultural más importante que el descubrimiento de la imprenta.

El ordenador electrónico, que nació durante la segunda guerra mundial, como una calculadora rápida, tenía en sí mismo unas posibilidades notables de perfeccionamiento, pero, con ser importantes las funciones que realizan actualmente, su verdadera dimensión la alcanzarán cuando se comercialicen los ordenadores con memoria de acceso directo.

Estos serán capaces de responder oralmente a preguntas verbales, hechas directa o telefónicamente, a velocidad normal de trabajo, permitiendo establecer un diálogo de información entre el hombre y el ordenador.

Esto no es una utopía. Actualmente ya se emplea en Estados Unidos para información bursátil. Se le pregunta por teléfono sobre las cotizaciones de Bolsa y el ordenador responde a la información solicitada. Cuando esta posibilidad está combinada con una memoria gigante, capaz de albergar la milésima parte de todos los conocimientos archivados en todas las bibliotecas del mundo, se obtiene una panorámica clara de su alcance.

En un futuro muy próximo, no superior a veinte años, el hombre tendrá a su disposición una máquina que podrá sostener un diálogo con él informándole de cualquier conocimiento que exista en el mundo.

Y esto, desde su casa, como una simple llamada telefónica, como un servicio urbano más, abonando una cantidad mensual, exactamente igual que se hace con el agua, el teléfono o la electricidad.

Estas máquinas, que, en principio podrán sostener conversaciones simultáneas, con diálogos diferentes, con doscientos cincuenta interlocutores, ya existen.

Están ahí y son consecuencia del tiempo y de la dimensión del hombre actual, entre los cuales vivimos.

Elas prepararán con sus incalculables consecuencias y posibilidades el futuro inmediato. Y ese futuro en el que vamos a estar inmersos nosotros, los toledanos, no podemos ignorarlo.

Su conocimiento y su uso no va contra la Historia, sino a favor de la Historia.

Esta Academia en la que estamos, lógicamente ha de ser la sede del investigador histórico. Y éste no puede estar de espaldas a aquello que abre campos fecundos a sus trabajos.

La revolución conceptual que tenemos que establecer debe ser tan profunda que no nos extrañe ver, si no en este maravilloso Salón de Mesa, sí en habitaciones de esta casa especialmente adecuadas para ello, plantas de ordenadores de tiempo real, sirviendo erudición electrónica a todas las inquietudes culturales que los toledanos queramos hacerles.

Este es el panorama en el enfoque histórico. Si oteamos por cualquier otro ángulo vemos avances gigantescos de posibilidades incalculables. La Cosmonáutica, con los motores de reacción y de Plasma.

La Bioquímica con la síntesis de los ácidos ribonucleicos, situada ya en el mismo umbral de la vida.

La Cibernética con fábricas totalmente automáticas, cuya contemplación produce escalofríos.

La Cirugía, la Medicina, cualquier rama de la Ciencia en que el hombre ha aplicado su inteligencia y voluntad de superación, han dado un salto de gigante.

Toda esta coordinación maravillosa de avances establece una panorámica del futuro en la que nosotros, lo queramos o no, estamos metidos y participamos.

Todo aquello donde el hombre ha encontrado la medida, la unidad, la posibilidad objetiva e incontrovertible de comparación, ha avanzado.

La Ciencia crea más ilusión que la Poesía.

El científico es más audaz que el artista.

Pero el Arte ha sentido también la necesidad del futuro. Ese futuro de mutación, ese futuro de forma nueva y diferente que se abre por doquier. Consecuencia del nuevo espíritu del hombre, esa inquietud ha sido recogida también por la sensibilidad del Artista.

El Arte al recibir la impronta del mundo nuevo, ha vibrado de un modo distinto.

Ignoro si el camino que sigue es el auténtico, integrado con la sensibilidad del futuro.

No sé si la búsqueda angustiosa y a tientas de formas de expresión nuevas, conducirá a horizontes de luz.

Por el momento lo importante es acusar la mutación universal y tremenda que ha experimentado. Todo está cambiando en el mundo.

Todo se prepara para hacer frente a las nuevas necesidades a los nuevos aspectos de la fuerza, el habitat humano en el cual tenemos forzosamente que vivir e imperativamente que sobrevivir. Y para ello tenemos necesariamente que adaptarnos a los nuevos tiempos.

Es conveniente que entendamos bien esto y sobre todo que nos lo entiendan los demás. Es más importante la historia del futuro que la del pasado.

Porque en la historia del pasado nos cabe el deber de conservarla, pero con la del futuro tenemos la responsabilidad de forjarla.

Y la Historia, nuestra Historia, la tenemos que hacer nosotros y dejarla ahí, junto a la que hemos recibido. Está en nuestras manos, en nuestra voluntad y nuestra decisión de hacerla.

Nuestra generación debe dejar su huella igual que otros dejaron las suyas. Así se hizo Toledo y así se tendrá que seguir haciendo.

Cuando se extiende la vista sobre el Peñón del Tajo se ve a Toledo como un nuevo Prometeo, encadenado a la roca sobre la que ha surgido.

Reposa tranquila sobre su trono de piedra con la alfombra del río a sus pies.

Sobre su cabeza el Aguila bicéfala y la corona imperial.

El polvo de su Historia y de su arte levanta una nube que la rodea. Es un manto de realidades y de tópicos, un vapor sutil que penetra en el cerebro orientando la visión, inevitablemente hacia el ángulo histórico.

Es necesario aventar un poco esa nube. Contrastar con la evolución sufrida por otras ciudades de características similares, no sólo en España sino en Europa.

Es preciso analizar la ciudad con la frialdad de un cirujano que explora un cuerpo en una mesa de operaciones.

Tenemos que punzar en esa envoltura de prejuicios que nos rodea para sacar a la luz las posibilidades de expansión y desarrollo de nuestra ciudad.

Toledo, en contra de la opinión de muchos autores, nunca debió sobrepasar los cuarenta mil habitantes. Aun en su época de mayor esplendor, cuando fue cabeza del Imperio Español, tuvo que ser una ciudad pequeña.

Estaba muy desarrollada industrialmente, pero sin dimensión.

Florecieron las industrias de espadería, cuyos aceros adquirieron fama mundial.

Tenían notable desarrollo los curtidos y los tejidos, especialmente el de la seda, cuyas industrias se han perdido totalmente y que sería hermoso que volvieran a resurgir.

La industria toledana servía a un público restringido y exigente, predominando la calidad sobre la cantidad.

Por eso, cuando la Corte abandona Toledo, rápidamente comienza su descenso.

El mercado se va y tras él caminan los artesanos.

La potencia económica de Toledo se cercena radicalmente y mientras tanto va creciendo una pequeña ciudad que se llama Madrid.

Toledo se estanca y Madrid se desarrolla.

Es un desarrollo progresivo, casi incontrolado.

Por otra parte se acelera su crecimiento industrial y sobre la capital de España se vierten incontinentemente todo el crecimiento demográfico de la región centro y gran parte de la andaluza.

Madrid se extiende como una mancha de aceite, fuera de toda limitación urbanística sensata.

Los problemas de crecimiento de una ciudad siempre son difíciles, pero cuando alcanza la rapidez de Madrid, se convierten en pavorosos.

Oleada tras oleada de hombres del campo llegan a la ciudad en un deseo de vida nueva, huyendo de la ingratitud del azadón y del arado, buscando un clima donde no exista el estatismo rural, donde la familia tenga posibilidad de trabajo seguro y estable.

Los pueblos enteros se vuelcan sobre las ciudades.

Nadie quiere vivir en los campos.

Como la ciudad, con su desarrollo orgánico normal no puede absorber esa masa humana, nacen los cinturones suburbanos, campo de cultivo apropiado para que se desarrollen la mayoría de los delincuentes.

Los cinturones suburbanos de una gran ciudad impresionan. Son masas de hombres, a veces muy superiores a los habitantes de Toledo, que viven sin agua, sin luz, sin alcantarillado, sin plazas, ni árboles, ni escuelas.

Son ciudades enteras hechas tablas y botes de alquitrán.

La urbe presiona sobre ellos en su desarrollo. Habitantes de aluvión, no tienen derecho a nada, pero tienen que subsistir.

La acción municipal sobre esos cinturones es a veces muy drástica, pero vuelven a crecer un poco más allá.

A medida que la ciudad se expande, los anillos se van dilatando.

Por otra parte, las ciudades radiales, las ciudades que tienen un ombligo y un corazón juntos, se han demostrado incapaces de resolver su crecimiento cuando ha hecho su aparición el automóvil.

Así, poco a poco, entre el aluvión humano, el desarrollo vegetativo y el crecimiento automovilístico, Madrid que era una ciudad de vida muy agradable, se ha convertido en un habitat incómodo y agresivo.

Su presión interior la impulsa necesariamente a expandirse.

Y ahora, debido a esta circunstancia, Toledo puede empezar de nuevo a florecer.

Madrid puede aportarnos el material económico y humano que necesitamos para nuestros proyectos.

Porque nosotros podemos darle lo que no tiene y necesita: aire, campo, agua y sol.

Si se lo ofrecemos en un buen estuche, lo comprará en dosis masivas, porque es la medicina única que puede curar el anormal desarrollo psíquico que está adquiriendo Madrid.

Este es nuestro momento, esta es nuestra posibilidad, este es nuestro momento potencial.

El futuro de Toledo está inevitablemente ligado al de Madrid.

La dimensión de las grandes ciudades hace que ya no se pueda hablar de su casco propio, sino de su área de influencia.

Tokio tiene más de cien kilómetros de longitud. Urbanísticamente se habla del área de París o de Nueva York.

Son zonas de influencia de cien, ciento cincuenta y hasta doscientos kilómetros.

Y nosotros estamos sólo a setenta de Madrid.

Nuestro futuro dentro de cuarenta o cincuenta años será una de las dos soluciones siguientes:

O una ciudad-museo protegida artificialmente y quizá con una zona de respeto a su alrededor, dentro de uno de los cinturones suburbanos de Madrid, o

Una ciudad pujante y viva desarrollada ordenadamente, con sus zonas residenciales, comerciales e industriales, bien claras y definidas, integrada en el área de Madrid.

Entre estas dos soluciones tenemos que elegir.

Nuestra actividad y criterio tenemos que ponerlos al ritmo de nuestra decisión.

Y no nos quedan más allá de diez años para definirnos.

Este es el momento actual de Toledo y esa es nuestra responsabilidad histórica.

Si elegimos la primera, sólo tenemos que hacer una cosa, esperar.

Si elegimos la segunda, es necesario que la ciudad se galvanice en un deseo de expansión y ordenación.

Tenemos que definir claramente y por anticipado nuestras actuaciones.

Planear, dirigir e impulsar será nuestra trilogía de acción.

La elección no creo que sea dudosa para una minoría.

Pero es la ciudad entera quien tiene que definirse y no por una votación, sino por hechos.

Y estos hechos, que marcarán nuestro destino, deben ser conscientes del fin a que aspiramos.

El pasado está detrás, conocido.

El futuro delante, supuesto, incierto, pero previsible.

Y en el centro estamos nosotros.

El destino de Toledo, hoy, le tenemos en nuestras manos.

Muchos preferirán dudarlo y seguir sentados.

Otros hace tiempo que están ya en camino.

Pero estoy seguro que muchos se están levantando.

Los que así pensemos, con independencia de los timoratos o los cómodos, con fe y con ilusión, conscientes de la lucha, pero decididos, debemos echarnos nuestro ato de trabajo a cuestras, reunirnos y decir: "En marcha".

Y con la ayuda de Dios, caminaremos.

GUILLERMO SANTACRUZ SÁNCHEZ DE ROJAS